



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9777

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 7 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MME LEONIE BROUTIN

Modista de sombreros de París.

Ha llegado

PLAZA DEL REY, 16, PRAL.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herraamental agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 y 42

TENER MARINA, O NO TENERLA.

Cuando hemos leído en los periódicos la noticia de que de hacer los honores á la escuadra francesa, anclada en la bahía de Cadiz, y compuesta de 18 buques, entre los cuales hay seis acorazados de primer orden, se había encargado la escuadra española, compuesta por junto de los cruceros *Alfonso XII* y *Conde de Venadito*, se nos ocurría pensar lo que dirán de nosotros los extranjeros, y la idea que formarían de nuestras fuerzas marítimas, y hasta de la formalidad de nuestro Gobierno.

Porque es cosa que no se concibe que se le dé el pomposo nombre de escuadra á la reunión de dos barcos de las condiciones del anticuado *Alfonso XII* y del moderno *Conde de Venadito*, que han de parecer juguetes al lado de los grandes acorazados que pasean sus banderas por los mares las potencias marítimas, y aun los pueblos que, sin tantas pretensiones, aspiran á la defensa de sus costas y de sus derechos en el mundo.

Aunque este asunto, que por referirse al ridículo en que nos ponen las denominaciones portuguesas que aquí se dan, tiene bastante importancia, no es para hablar de él para lo que principalmente escribimos estos renglones, sino para ocuparnos en otro que la tiene mucho mayor, bajo todos los puntos de vista, por estar relacionado con él, no solo el dinero de los contribuyentes, sino los altos intereses de la nación, que pueden un día verse comprometidos por falta de previsión y por seguir este sistema de *quiero y no puedo*, con que se vienen conformando todos los Ministros de Marina, que se marean más con los movimientos del coche y con las tempestades parlamentarias cuando á Madrid van, que con los balances de los barcos y las tormentas del mar.

¿Para qué emplea la nación millones y millones en la construcción de barcos?

¿Para tener una Marina? Pues es

preciso que se sepa que con el sistema de tener los buques en los arsenales desarmados y sin lo necesario para su conservación, no se tiene Marina, y lo que se hace es tirar á millonadas el dinero de los contribuyentes, para encontrarse, el día en que los buques sean necesarios, con que están inservibles, con que las máquinas, complicadísimas, y aun más que complicadas costosas, en ellos embarcadas, se han estropeado y no andan fácilmente; con que para ponerlas en estado de servir hace falta mucho tiempo y más gastos, y por último, con que las cosas no funcionan como debieran, porque los que de prisa y corriendo vayan á tripular y dirigir los barcos no conocerán como debieran, las múltiples dificultades de las embarcaciones modernas, para conocer las cuales hace falta estudio detenido por parto de los que las mandan, de la oficialidad y hasta de la marinería.

A jefes dignísimos de la Marina les hemos oído decir, hablando del *Reina Regente* y del *Pelayo* que á los dos meses de mando y de estudio habían logrado sólo á medias conocer los buques citados, añadiendo que el conocimiento completo de la embarcación es de necesidad absoluta para su comandante, no sólo en tiempo de guerra, sino aun en tiempo de paz y cuando sólo se trata de navegar por esos mares.

En los momentos actuales, en la que la llamada escuadra española se compone de dos barcos insignificantes que suman 6 000 toneladas, están, en este Departamento el *Pelayo* componiendo sus calderas lentamente; la *Vitoria* y *Numancia*, hermosos buques para resistir el fuego de los cañones de tiro rápido, pidiendo máquinas y artillería modernas; el *Lepanto*, pendiente de expedienteos; el *Cataluña*, en grada como sus iguales el *Princesa de Asturias* y el *Cardenal Cisneros*, faltos de materiales para terminar su construcción; en Ferrol, el *Alfonso XIII*, sin acabar su equipo; el *Infanta María Teresa*, esperando las torres y artillería gruesa; en Bilbao, el *Vizcaya* y el *Oquendo*, sufriendo las dilaciones de la incautación, y el *Carlos V*, que va pareciéndose al Canal Imperial, en los años que van pasando desde que se proyectó, en el astillero de Veamurgia.

Preciso es que se sepa que tener Marina no es tener buques, casi sin tripular, perdiéndose amarrados á los muelles, sino tener los navés en condiciones de servicio, empleando para su conservación las cantidades y los cuidados indispensables.

Para esto es necesario que el Estado se imponga sacrificios parecidos á los que en todas partes hacen; pero de no querer ó no poder hacerlos, sería preferible decidirse á no tener Marina para los gastos, ya que solo para ellos existe por el sistema en uso.

La cuestión bien puede plantearse en estos términos.

O tener barcos, ó no tenerlos. No teniéndolos, se expondría la nación á graves contingencias, quedando abandonadas nuestras

costas y nuestras posesiones ultramarinas al cuidado de la Providencia, pero, por lo menos, no se tirarían al agua inútilmente millones y millones.

Hay que pensar en esto con seriedad, y abandonar la errónea idea de que España es potencia marítima porque se permite el lujo de pasear per ahí en coche galoneado á los generalmente inactivos, silenciosos é inútiles Ministros de Marina.

(De La Monarquía.)

La tasca del Celipon O EL MEETING DEL OTRO DIA

I

—Gracias á Dios Gorgonio que te he [echado la vista encima.

—Calle Bernardino cuanto tiempo sin vernos.

—No esperabas este hallazgo, ¿verdad?

—Hombre, te digo francamente que no, pero me alegro el haberte encontrado.

—Digo lo mismo porque tengo que hablarte de un asunto de mucha descendencia.

—No adivino. —Pus iremos si quieres á la tasca que ha abierto el *Celipon* anoche mismo y allí te contaré con desahogo la mar de cosas.

—¿Si? Pus anda chico.

—Feteles, *Celipon*.

—Hola muchachos veo que os acordáis.

—Hemos venido este y yo por probar ese morapio que tendrás reservao pa los amigos.

—Y que es del superior.

—Me lo frugo.

En cuanto ayer me dijo el Casimiro: ¿sabes que el *Celipon* el de la Pocha se establece esta noche? me dió un blinco la caja de la sangre y fui y me dije, pus en cuanto que pueda le vestio, y mia tu lo que son las coincidencias, después de estar sin vernos año y pico me topo yo con este ahora hace un rato junto á la empalizada de ese derribo que están ahí derribando.

—¡Qué gacholis la sombra que tinis!

—Cállate chico, si ocurren unas cosas en el mundo la mar de estabazás.

—Y me imagino que quedreis unas copas.

—Si las sirves veremos que tal mosto te has traído.

—Muchachos sirve aquí á estos caballeros —Bueno, pus *Celipon*, con tu premiso nos vamos á sentar en esta mesa.

—¿Qué quieren los señores?

—Tráete vino.

II

—Pues empezar Bernardo cuando gustes que por saber me tienes intranquilo —Apuremos primero.

—Me parece, porque asi estarás luego más *isplicito* y contarás mejor *toas* esas cosas que tienes *embaulás*.

—Y pues á decirlo que yo con mostagan dentro del cuerpo tengo más oratoria que un ministro; y si no que lo digan en el *metin* que *antiyer* celebremos; ¡me di un pisto!

—No estaba yo *enterao* de que tú habías.

—Pus no me estás *erendo*...

—Vaya un *gicho* las cosas que te traes.

—Pus te decía

que *antiyer* en el *metin*, los amigos como saben que valgo, me eligieron pa que diese en la sala cuatro gritos

—¿Y de qué les hablastes? —Hombre, mira; tú ya sabes que yo poseo el vicio de los alcoholes.

—Sí. —Pus aquel día me colé en la taberna de Cirilo y ¡zás! de una *soná* me tiré al cuerpo un frasco de á cuartillo; luego vino á buscarme á la *tasca* un compañero decente como pocos, pero un primo que siempre está en el aire

—¿Es *aronauta*? —Es abañil y gracias, y me dijo: «Oye Bernardo, sé que eres un hombre que hablando vaies mucho», lo acreditó, le respondí en el *azlo*, «pus, si quieres, déjate de *bober* y ven conmigo.» Nos *derejimos* luego hacia la calle en donde está el local, y allí ¡chiquillo! me recibieron todos en palmitos como si fuera un Pi.

—¿Tú *si* suerte. —¡Digo!

Habló primero el compañero Gómez y se portó tan bien que le aplaudimos. Luego le tocó en turno al Celedonio que es más bruto que un *guey*.

—Siempre lo ha sido. —Y en cuanto terminó le tocó á *menda* *derejirles* la voz. Valiente cisco el que yo *promovi* con mi oratoria.

¡Dejó á *toos* los que hablaron *tamanitos*! Qué les diría yo, que en un *asceso* de entusiasmo de buten, cuatro ó cinco me llamaron *gracioso* y uno de ellos en el *dislocamiento* del delirio fué y me tiró una bota.

—Y tú, ¿qué biciste?

—Destaparía y beberme el contenido; pero al ver esa *actón*, Faustino el *Chepa* que tu ya le conoces, fue y qué hizo, sin andarse en *andróminas* tirarme otra bota también.

—Estuvo fino. —Pero tu qué te piensas, *calaguala*.

¿que era una bota que encerraba líquido? ¡Pus si fué un *brocequi* con más tachuelas que tiene el portillón de San Francisco! Azo después de aquella salvajada *mu* propia de un *pagüé*, como es Faustino, rompo yo á hablar, mascon asombro noto que se me empieza á andar el edificio.

—Aquello era el preludio de una *curda*. —¡La mar de superior! pero yo digo, con la fuerza moral que Dios me ha dado me subo en el sillón, tóso, me empino, cierro los puños con coraje y rabia y, haciendo un gran esfuerzo, les *derijo* la voz en estos *trúminos*: «Señores, ¡Viva la libertad! ¡Mueran los ricos! ¡La *prepiEDAD* es un hurto y un atraco! Aquí lo que hace falta es *pañ...* y vino y rifones *pa* dar. ¡¡Elet! me grita la concurrencia en masa, yo prosigo el discurso *empezo* con más empuje y, en fin, *carcula* tu por lo que he dicho la oración que llevé. Me dieron vivas y casi *tóos* los socios sin distingues me tiraron las gorras y un gacholi pidió que me bailase.

—¡Anda el obispo!

—Más yo dije que estaba con reuma y así me *descusé*, más fué lo mismo, se empeñaron en ello y yo no tuve más remedio que darne cuatro *blincos*. Pero cuando el turo se iba calmando se me ocurre llamarles *heroínos*; me aplauden, me vitoran y un *viruti* me dá con un serrucho en los hocicos.

—¿De entusiasmo tal vez?

—Sí; de entusiasmo.

—Tu *aguela* ¡que animal!

—Ese *ajetivo* fué el que yo *pronuncié* y de seguida me fui hacia aquel pedazo de borrico y después de inclinarme *dianamente* le *erupté* cuatro veces de continuo.

—¡La madre de Noé, que sombra tienes!

—El, claro, se quedó *mu* *sosprendido*

de ver lo que yo hacía —Y *cualisquiera*!

—Y, antes de que volviera en sí, le atizó dos *patás* en *mitá* de la barriga que le obligué á agacharse; pero chico no bien se hubo empinado, me sacude dos ó tres *gofetás* en un carrillo que me *atontolinó*.

—Y, á él, ¿que le hiciste?

—Si no se le encontró por ningún sitio por más que le buscamos de *esproceso* para darle una *hupa*, pero vino la pareja del orden, y *ad*, ¡magras! dormimos en la *preve* cuatro ó cinco, nos soltaron, volvimos otro día á pagar unos perros y ¡al avío!

Esto es lo que pasó, ni más ni menos.

—Pero tu te luciste

—Y bien lucido —Pus *mía* pagalas copas que ya es tarde

—¿No tienes mosca tu?

—Yo ni mosquito. —Pus igual estoy yo de coleópteros, pero ahora verás tu: *Celipón*...

—Chicos, ¿que es lo que *so* ofrece?

—Poca cosa; tu á mí ya me conoces

—Y de antiguo —Pus mañana ó *pasao* te pagaremos si no te corre prisa

—Eso es lo mismo —Vaya pus hasta otra

—Adios muchachos —Y que *haiga* mucha suerte.

—Ygal sus digo. ENRIQUE GARCIA ALVAREZ.

TIJERETAZOS

La guardia civil de Valls ha detenido á un hombre que se ganaba la vida estafando al prójimo.

Si todos los que adoptan esa manera de vivir fueran puestos á la sombra, ¿cuánta gente tendría que vivir al sol!

Los catalanes siguen agitándose para impedir la aprobación de los tratados comerciales.

Muévase cuanto quieran. Por mucho que saranden el arbol, no ha de caer de la copa el Sr. Moret.

Por fortuna para él, el Sr. Sagasta ha hecho la aprobación de los tratados cuestión de gabinete.

Dice un telegrama: «Coméntase mucho que D. Amós Salvador se haya excusado de asistir al Consejo, diciendo á varios ministros que se hallaba enfermo, cuando esta tarde se le ha visto pasear por los sitios más *céntricos*».

¿Pero es que ya no puede un ministro ponerse enfermo oficialmente?

En Tolosa se ha celebrado un *meeting* proteccionista.

Y como es natural se ha puesto á los tratados de comercio que no hay por donde tocarlos.

Además, se tocó el *Guernicako* *arbola*, que yo no sé qué tendrá que ver con el tratado hispano-alemán.

¿Si se querrá convertir en himno proteccionista el canto de los vascuences? Tendría que ver.

Dice «El Noticiero» de Barcelona: «Por pasajeros venidos de Melilla se sabe que los vecinos de los presidios mejores de la costa de Africa, se proponen solicitar colectivamente que se acrecienten las franquicias de sus puertos, creídos de que podrían entablar un *activo* comercio con la Península importando géneros para los marroquies.

Se anuncia con tal motivo que irán comisiones á Madrid, con el objeto de exponer al Gobierno este asunto.»